

I<sup>a</sup> carta

## AÑORANZAS

Queridísimo amor:

Esta mañana, me ha dicho la enfermera que hacía un día precioso, que el cielo estaba de un azul intenso y que las rosas empezaban ya a abrirse.

He mirado por la ventana y me ha parecido que el azul era desvaído y el día estaba triste.

¿Sería porque tenía los ojos llenos de lágrimas?

Perdóname, amor. Sé que te prometí no quejarme y tener paciencia. Pero es tan difícil para mí...

Te añoro tanto..., te echo tanto de menos..., te quiero tanto..., que creo que llevo aquí años, siglos...

Durante el día, voy trampeando. Pero cuando llega la noche, ¡ay!, la noche es mi enemiga. Aunque duermo en una cama pequeña, para mí se hace inmensa, porque duermo sola, estoy sola en ella.

Me faltan tus brazos rodeándome, abrazándome. Cuando dormida, extendiendo el brazo y sólo toco el vacío a mi lado, me despierto bruscamente sin saber qué pasa. Miro desorientada a mi alrededor y es cuando me doy cuenta de que no estás y no podrás estar en mucho tiempo.

Entonces, sin poderlo evitar, me entra una gran tristeza y se me saltan las lágrimas.

Quiero ser fuerte y no puedo. Quiero estar serena y entera, como tú me has pedido. Pero, amor, es muy difícil reprimir el llanto. Es un imposible, por lo menos para mí, no echarme a llorar cuando me doy cuenta de lo sola que estoy.

Perdóname, amor, te quiero tanto...

Sé que no debería preguntártelo, pero..., ¿me echas de menos?, ¿me sigues queriendo?; tengo tanto miedo...

¿Cómo está mi pequeña Laura? ¿Le hablas de mí?, hazlo, por favor. Es todavía muy pequeña y puede olvidarme. Eso, sería tan doloroso como perder tu amor.

Perdóname, amor. No sé qué me pasa hoy.

Estoy siendo dócil como te prometí, pero tengo tantas ganas de estar de nuevo en casa con vosotros dos...

Intenta comprenderme tú a mí, como yo comprendo tu lógico miedo de un contagio a nuestra hija, tan pequeña y tan vulnerable.

¿Cómo me ha podido pasar esto? He sido siempre una mujer sana y fuerte. No entiendo cómo he podido coger esta tuberculosis tan estúpida.

Me dejo poner las inyecciones sin protestar, pues sé que con ellas me curaré antes y podré volver a casa con las dos personas que más quiero en el mundo. Que me pinchen no me molesta; lo que sí me asusta son las pastillas que me dan continuamente. Me dejan atontada, sin voluntad, sin ganas de nada, casi ni de vivir. Eso me preocupa.

Les he dicho que no las quiero, que no me hacen falta, pero no me escuchan.

Díselo tú, mi amor. Diles que estoy tranquila y conforme con estar aquí, aunque me esté muriendo por dentro por no estar en tus brazos.

Amor, tengo ganas de verte, pero ya sé que no debo pedirte. No puedes estar conmigo y luego volver con Laura. Sé que sería peligroso.

No te lo voy a pedir. No te voy a decir que vengas a verme. Fue una promesa que te hice y tú, que me conoces bien, sabes que cumplo lo que prometo.

Voy a ser paciente y voy a aguantar el deseo de besarte y abrazarte. ¿Te parezco muy descarada diciéndote las ganas que tengo de estar de nuevo en tus brazos? ¿Te parece mal que te diga que me muero por tus besos? Perdona mi descaro, pero no lo puedo ocultar. Y te pido, mi amor, te suplico, que ya que no puedes venir, que ya que no puedo estar contigo, escíbeme y dime una y mil veces que me quieres, que me sigues queriendo, que no me olvidas.

He mirado de nuevo por la ventana y, sí, tenía razón la enfermera, hace un día hermoso y el cielo está de un azul radiante.

El escribirte y poder decirte lo que siento por ti, me ha levantado el ánimo y me ha quitado el velo que tenía en los ojos.

Te quiero, amor.

Clara



## 2ª carta

### RECUERDOS

Queridísimo amor:

Está lloviendo. Lo hace de tal forma, que más parece el diluvio. El jardín, lleno de charcos y barro, no invita, aunque quisiese, a pasear bajo la lluvia.

Estoy en mi dormitorio. No me apetece nada bajar al salón y estar rodeada de gente, por muy amables que sean conmigo, que lo son. Prefiero estar aquí, sola, para poder pensar en ti y escribirte, sin que nadie venga a molestarme y a invitarme a participar en alguna tertulia o en algún juego. Todavía me siento fuera de lugar y mi timidez hace acto de presencia. Me encuentro extraña aquí, sin conocer a nadie. Soy la enferma más joven del sanatorio, todos los que me rodean son personas mayores y me siento observada y catalogada, cosa que me da una tremenda vergüenza.

La gente que hay, aunque es muy agradable, la encuentro sumamente rara. Si, no te rías. Es gente que yo no comprendo. He preguntado si todos están enfermos del pecho, como yo, y la enfermera me ha mirado asombrada.

—¿Enfermos del pecho? —preguntó mirándome de una forma rara. Luego, pareció comprender y dándome una palmada en el brazo, me contestó con un tono de voz del que se usa para hablar con los niños retrasados.

—Bueno, querida, no todos, pero es de algo que no tenemos que preocuparnos, ¿verdad?

La miré disgustada y no volví a preguntar más. Claro que no me preocupa, simplemente me han chocado.

He estado contemplando desde mi ventana como caía la lluvia y eso me ha recordado tantas cosas...; por un momento, ha sido como si viviese de nuevo en Pontevedra o estuviese en la casa de Aguasantas...

He cerrado los ojos, allí, junto a la ventana, oyendo el ruido de la lluvia al caer y he pensado: “ahora me llamará mamá y cuando baje, le conoceré de nuevo otra vez...”

No te rías, amor. Sabes perfectamente que fue así como sucedió, te lo he contado mil veces, ¿recuerdas?, así te conocí a ti...

Estaba lloviendo a mares, yo estaba en mi refugio favorito, ya sabes, el despacho de mi padre. Sepultada en uno de los sillones, embebida en un libro de historia. ¿Hay algo mejor, cuando no puedes salir fuera de casa?

Oí la llamada de mamá, pero no hice demasiado caso ya que pensé que me llamaba para ir de visita o para mandarme a la cocina para que fuese aprendiendo a guisar. En los últimos días, era su continua cantinela...; tenía que aprender a guisar y a coser. Ya iba teniendo edad de hacerlo.

Así que seguí con mi lectura y reconozco que me molestó cuando entró en el despacho a buscarme.

¿Te imaginas?, me molestó, sin saber yo que ese gesto de mamá cambió mi vida por completo.

—Clara, te estaba llamando —me dijo acercándose a mí.

La miré por encima del libro y no la vi demasiado enfadada por mi negativa a contestar. Me levanté de un salto avergonzada por haberme hecho la sorda.

—Mamá, estaba en lo más emocionante —le dije a modo de disculpa— ¿querías algo? —pregunté, temiendo que me dijese que así era.

Se echó a reír con mi disculpa. Me conocía bien y sabía mi vicio por la lectura y mis pocas ganas de aprender el manejo de una casa o de estar en la cocina. Me pasó el brazo por los hombros y me dio un ligero apretón.

—Ven, Clara, tu padre quiere que conozcas al hijo de unos amigos que acaba de llegar a casa.

Dejé el libro con renuencia y la seguí. Entramos en el salón grande y entonces te vi. Y mi vida cambió para siempre. Me enamoré de ti en ese momento.

Te lo he contado mil veces y tú nunca me has querido creer. Siempre me decías que eso era imposible, que yo era entonces muy joven. Pero, amor, te juro que así fue.

Me quedé parada en la puerta, sin saber quien podía ser el hombre que se puso en pie al entrar nosotras.

Deslumbrada, no pude dejar de pensar que eras el hombre más guapo que jamás había visto. Más guapo y más alto.

Por supuesto que ni te fijaste en mí. Aunque tú siempre me lo niegas. No te podías fijar en una cría, estando a mi lado mamá.

La miraste con admiración, pero eso no me extrañó. Yo estaba acostumbrada a que todo el mundo lo hiciese.

¿La recuerdas? Era la mujer más bella del mundo. Con un encanto y una dulzura especial, fuera de lo común...; siempre tan elegante, por fuera y por dentro. Y tan cariñosa. Tan pendiente de todos los que vivían a su alrededor. Yo sabía que tanto a papá como a mí nos adoraba. Pero no éramos los únicos. Quería tanto a las personas como a los animales, a las flores, a los árboles, al cielo y al mar. Era una mujer enamorada de la vida y de lo que le rodeaba. Y claro está, todos la queríamos a ella.

Pero yo si te miré asombrada. Al verte, por un momento, pensé que eras un ángel. Que el cielo se había abierto y te había dejado salir para que yo te conociese y me pudiese enamorar de ti.

Cuando papá me presentó a ti, hiciste un gesto cariñoso, dándome un cachetito, para a continuación besar la mano que mi madre te alargaba, con un gesto de casi siglos atrás.

—Lucía, que ganas tenía de volver a verte. Te encuentro más guapa que nunca —le dijiste con tu voz sonora y bien timbrada. Si me había enamorado al verte, cuando te oí hablar, supe que este amor duraría eternamente.

—Cobista —te contestó mamá riendo— ven, siéntate a mi lado. Es mucho lo que me tienes que contar. Eres un ingrato, no sabíamos de ti desde hace miles de años.

Durante la comida, en la que yo apenas pude probar bocado, no paró mamá de hacerte pregunta tras pregunta que tú, simpático y divertido, fuiste contestando.

—Así que, Gabriel, al final te quedas a vivir en Madrid —dijo mamá afirmando— ¿y no te agobia aquello?, tanto coche, tanta prisa, tanta gente..., yo no podría.

—Estoy ya acostumbrado. No te olvides que me he pasado varios años viviendo en América. ¡Y allí sí que hay gente y prisas...!, en comparación, Madrid me parece un pueblo —te echaste a reír al ver mi cara de asombro y sonriéndome con simpatía, tuviste la gentileza de incluirme en la conversación.

—¿Conoces Madrid, Clara?

Hice un esfuerzo por encontrar las palabras, por hablar con desenvoltura, pero no lo conseguí. Me limité a mover la cabeza negando y contestar de forma escueta:

—No.

Mamá intervino de nuevo, intentando ayudarme en mi cordedad.

—Clara está estudiando y es muy joven para viajar con nosotros. Ya tendrá tiempo, ¿verdad, hija?

—¿Dónde estudias, Clara?—me preguntaste, aunque supongo que poco te podía importar.

Levanté los ojos y te miré agradeciendo tu delicadeza de no dejarme fuera de la conversación otra vez.

—En Placeres —mi voz sonó más firme, casi humana.

—¿Qué estudias?

—Quinto de bachillerato.

—¿Y qué tal lo llevas?

Me encogí de hombros. Me dio vergüenza confesar mis matriculas y sobresalientes.

—Clara, eso no es contestación —intervino papá secamente, mirándome serio.

Levanté los ojos y te miré. Te vi sonreír con una sonrisa abierta y cálida. Vi las arruguitas que se formaban en tus ojos. Esperabas mi contestación con interés. Esto me animó a responderte.

—Es que me da mucha vergüenza decir a los demás mis notas —intenté defenderme— voy bien. He acabado el curso con bastantes buenas notas...

Mamá decidió que ya se había hablado lo suficiente de mí y metió baza otra vez.

—Bueno, Gabriel, cuéntanos qué planes tienes. ¿Piensas afincarte definitivamente en la capital o te vienes a tu tierra de nuevo?



La miraste y al momento te olvidaste de mí.

—No, Lucía, no me vengo aquí. No puedo, por más que me gustaría. Pero mi trabajo está en Madrid, a caballo con Valladolid, Salamanca y en un futuro no muy lejano, tengo que ir a Roma.

—Qué pena... —comentó mamá, mirándote con simpatía.

—Si, es una pena, pero nada puedo hacer. Por eso ha sido el venir unos días a Pontevedra. Cuando me dijeron que estabais en el pazo, no quise dejar de veros.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —te preguntó mamá curiosa.

—Lo que tarde en arreglar la testamentaría. No puedo quedarme más.

—¿Qué piensas hacer con la casa de tus padres? —te preguntó papá, que había estado oyendo en silencio.

—No lo sé —te volviste hacia él con el ceño fruncido— supongo que la conservaré durante un tiempo al menos. Estoy buscando casa en Madrid y depende de lo que encuentre, entonces decidiré. Quiero llevarme algún mueble, no muchos. Ya sabéis cómo son; aparatosos y pesados. Impropios para un piso, por grande que éste sea.

—¿No te va a dar pena? —volvió a repetir mamá— al fin y al cabo, son muebles muy buenos, de tus padres, de tus abuelos..., algo así ya no se encuentra.

—Si, ya lo sé, Lucía. Pero..., ¿qué puedo hacer?

—Conserva la casa y deja aquí estos muebles. Donde siempre han estado —te aconsejó mamá.

—Conservar la casa..., la verdad, no se me había ocurrido, pero ¿para qué?

—Gabriel, no seas ingrato. Puedes venir en vacaciones y como supongo que algún día te has de casar, luego, cuando tengas hijos, te gustará venir con ellos al solar de tus antepasados.

—No es mala idea, Lucía, pero está tan lejos..., luego todo son problemas. He de tener aquí alguien que me la cuide, que cuide el jardín. Mucho gasto y mucho problema.

—No digas eso. ¿No están contigo Miguel y Ramona? Págalos un poco más. A ellos les haces un favor, dejándoles vivir allí y ellos te la han de conservar bien. Son de fiar. Llevan mu-

cho tiempo en tu casa. Y piensa, que si la cierras les causas un gran trastorno –sonaban convincentes sus argumentos.

—Bueno, no pierdo nada pensándolo y hablando con ellos –dijiste condescendiente– sí, creo que seguiré tus consejos.

Durante unos minutos nadie habló, dedicándose cada cual al plato que teníamos delante. Yo, más que comer, me dedicaba a mover la comida de un lado a otro, sin hambre y con miedo de levantar los ojos y mirarte. Temía que si lo hacía, todos vieran el brillo que había en ellos.

—¿Sabes algo de tu hermana? –preguntó de nuevo mamá.

—Si, supongo que ya sabes que se quedó viuda –asintió mamá con la cabeza– quiere volver a España. No tiene objeto continuar en Río, donde no la ata nada ni nadie.

—Hace años que no la veo –se quejó mamá sonriente.

—Lo mismo que yo, Lucía, aunque te parezca mentira. Hace años que no viene por España; antes aún venía alguna vez, pero con la enfermedad de su marido, que fue muy larga, esos viajes se acabaron. Posiblemente venga por Pontevedra cuando vuelva a España.

—Éramos muy amigas. Se podría quedar a vivir aquí. Estaría mejor que en Madrid –adujo mamá queriendo ser convincente.

—No lo sé, Lucía, no me preguntes. Sólo sé lo que me decía en su última carta.

—¿Qué tal Nena?, ya es una mujer, ¿verdad?

—Muy guapa. Mejor diría, guapísima. Tiene ya veintitrés años. Yo hace tiempo que no la veo, pero a tenor de las fotografías que me manda su madre, es una belleza –te echaste a reír– por lo menos a mí me lo parece.

Sentí en esos momentos deseos de morirme. Y una opresión en el pecho, junto con algo que no había experimentado nunca: celos. Celos por aquella sobrina que tú parecías admirar, aquella sobrina, que, aunque sólo la veías por fotografía, elogiabas tanto. Yo, que ni por fotografía la conocía, supe en esos momentos que la odiaba.

—¿Y no se ha casado aún? –preguntó mamá incrédula.

—No, algo me dijo Pilar de un novio en Río, alguien muy rico, pero no sé, no me hagas demasiado caso. Creo, además, que ella está muy metida en sus estudios, que los hace fuera

de Río, pero, no me hagáis demasiado caso, todo esto que os cuento son cosas que mi hermana me ha ido diciendo de una forma vaga en sus cartas.

—¿Y no sabes dónde piensan vivir? —insistió mamá.

—Ni idea, aunque supongo que lo harán en Madrid, por aquello de los estudios de Nena... —dijiste vagamente.

“¡Nena!,vaya nombre tan absurdo” —pensé furiosa, sin acordarme de que yo tenía alguna compañera en el colegio con este diminutivo cariñoso.

—¿Contigo? —te pregunté sintiéndome arder de rabia por dentro.

Me miraste sorprendido. Tanto, que pensé que te habías olvidado por unos momentos de que yo continuaba allí con vosotros.

Pusiste cara de horror al oír mi pregunta.

—¡No, por Dios! —exclamaste riendo.

—¿Por qué no, Gabriel? —te preguntó mamá— así no estarías solo.

—No, gracias. Conozco a mi hermana. La quiero mucho, pero no viviría con ella ni por todo el oro del mundo. No, no, quiero vivir tranquilo, sin tener que estar pendiente de otras personas, aunque estas sean mi hermana y mi sobrina.

—Mira, Lucia —continuaste explicando, algo que para mí no necesitaba más explicaciones— Pilar es muy buena, pero muy pesadita... y Nena, bueno, está en edad de novios, llamadas y salidas. Y yo necesito bastante tranquilidad para mi trabajo. Imagínate que Pilar, en su última carta, me hablaba de coger un piso grande, pues quiere meterse en sociedad, como lo estaba antes de marcharse de España y lo ha estado en Río. Y a mí, la vida social me hace poca gracia.

Se echó mamá a reír con tu expresión de horror y tu vehemencia al negar la compañía de tu hermana.

—Gabriel, a lo mejor eso es lo que te está haciendo falta.

La miraste ceñudo.

—No te entiendo, Lucía, ¿qué es lo que me hace falta?, ¿una hermana torbellino o una sobrina joven y coqueta?

—Las dos cosas, querido. Tu hermana para que te organice tu vida adecuadamente y tu sobrina para que te saque un po-

co de tus casillas. Y por supuesto, frecuentar la sociedad esa que tanto abominas. Tienes edad de casarte, Gabriel y creo que es algo que deberías hacer a no tardar. Los años pasan deprisa... –concluyó mamá más seria ya– debes hacerlo, no deberías dejar, que, con tu soltería, se perdiera tu apellido.

Te encogiste de hombros y con la mano hiciste un gesto evasivo. No contestaste a nada.

—¿Sólo conoces a tu sobrina por fotografía? –te pregunté con la voz un poco ronca.

—La conocí cuando era una adolescente. Ya era preciosa. En estos años que ha estado fuera, ha embellecido muchísimo –corroboraste, sin darte cuenta de mi agonía.

La pregunta que te hizo papá, cambió el tema de la conversación. Os pusisteis a hablar de dinero, agricultura y política.

Poco después te fuiste y yo no te volví a ver en semanas. Esto me hizo sufrir. Necesitaba verte. Me había enamorado de ti y sabía que lo estaría siempre. Como sólo se enamoran las quinceañeras. Con un amor autentico y feroz.

Ha dejado de llover y me apetece dar un paseo por el jardín, aunque esté empapado. Tengo ganas de respirar el aire limpio con olor a tierra mojada.

Te quiero, amor,

Clara